



ENGEDI CHURCH

21 DÍAS PARA AWAKEN

TABLA DE CONTENIDO

	Prefacio 4 Cómo usar este libro 6
SEMANA 1	CORAZONES RENDIDOS Día 1: Deja todo 9 <i>Francisco de Asís</i> Día 2: En el desierto 11 <i>Antonio del Desierto</i> Día 3: Nada retenido 13 <i>Perpetua y Felicitas</i> Día 4: Tres monedas, una Biblia, y una vida rendida 16 <i>Gladys Aylward</i> Día 5: Rescatando lo que Dios ama 19 <i>Amy Carmichael</i> Día 6: La mano que no se movió 21 <i>Corrie ten Boom</i> Día 7: Regresa 24 <i>Stephen Grellet</i>
SEMANA 2	CORAZONES DE ORACIÓN Día 8: Estaban todos juntos 28 <i>Hechos 2</i> Día 9: La Voz interior 31 <i>George Fox</i> Día 10: El clamor del cautivo 34 <i>Patricio de Irlanda</i> Día 11: Oración en acción 37 <i>Aiden de Lindisfarne</i> Día 12: Practicando la presencia 40 <i>Hermano Lorenzo</i> Día 13: Pide y sigue pidiendo 43 <i>George Müller</i> Día 14: Dame almas 46 <i>John Hyde</i>

TABLA DE CONTENIDO

3

SEMANA

CORAZONES EXPECTANTES

Día 15: ¿Puede Dios cambiar una nación?	50
<i>Gregorio el Iluminador</i>	
Día 16: Espera grandes cosas	53
<i>William Carey</i>	
Día 17: Dependiendo solo De Dios	56
<i>Hudson Taylor</i>	
Día 18: Cuando el cielo interrumpe la tierra	60
<i>Maria Woodworth-Etter</i>	
Día 19: Todos participan	62
<i>John Wimber</i>	
Día 20: Una generación en fuego	66
<i>Brazil y The Send</i>	
Día 21: Dios se está moviendo mientras dormimos	69
<i>Musulmanes viendo a Jesús en sueños y visiones</i>	

UN ÚLTIMO ÁNIMO

73

APÉNDICES

Ayuno y despertar	75
Guía de ayuno	76
Lecturas recomendadas sobre el ayuno	79
Bibliografía	81

PREFACIO: **DESPIERTA EL HAMBRE SANTO**

La nieve le llegaba casi hasta las rodillas.

David Brainerd tenía veintinueve años y estaba muriendo.

La tuberculosis había devastado su cuerpo. Cada respiración dolía. Cada milla a través de los bosques de Nueva Inglaterra exigía una fuerza que ya no poseía. Sin embargo, en este día en particular, se adentró más en el desierto y encontró un lugar a solas entre los árboles.

Allí, rodeado de silencio, se arrodilló y comenzó a orar.

Pasaron horas.

Su diario registra que llegó a sentirse tan cargado por el pueblo nativo americano entre el cual ministraba, que olvidó el frío, olvidó su debilidad, se olvidó por completo de sí mismo. Escribió que estaba “en tal angustia” por su salvación que apenas podía hacer otra cosa que clamar a Dios. Durante horas permaneció de rodillas, suplicando que hombres y mujeres que no conocían a Cristo llegaran a conocerlo. El fervor de su intercesión fue tan grande que cuando finalmente se levantó, la nieve se había derretido por completo a su alrededor, dejando un círculo donde había estado orando.

Brainerd no viviría mucho más.

Pero el avivamiento vendría.

En 1745, mientras ministraba principalmente entre los pueblos Delaware (Lenape) en lugares como Crossweeksung, Nueva Jersey, Brainerd fue testigo de un extraordinario despertar espiritual. Hombres y mujeres que antes mostraban poco interés en el cristianismo comenzaron a prestar profunda atención al evangelio. Familias enteras se reunían para escucharlo enseñar. Muchos profesaron fe en Cristo, abandonaron prácticas destructivas, reconciliaron relaciones y formaron comunidades de adoración.

Todo gran mover de Dios comienza con un hambre que se niega a ser saciada. Antes de que el avivamiento sacuda ciudades, alguien comienza a orar. Antes de que el Espíritu sea derramado sobre multitudes, Dios despierta deseo en un solo corazón. Antes de que las naciones sean transformadas, a menudo hay una temporada oculta en la que hombres y mujeres comunes se vuelven desesperados por más de Dios.

David Brainerd conocía esa desesperación.

Lo que lo distinguía no eran sus predicaciones, sus logros, ni siquiera el avivamiento que eventualmente siguió a su ministerio. Era su hambre de Dios. Sus diarios describen largas horas en oración a solas. A veces se adentraba en el bosque simplemente para buscar la presencia de Dios. Escribió sobre momentos en los que quedó tan abrumado por la belleza y la gloria de Cristo que todo lo demás desaparecía en el fondo. Su deseo más profundo no era el éxito, la influencia o la comodidad. Era Dios mismo.

Ese hambre no murió con Brainerd. Después de que el joven misionero falleciera a los veintinueve años en la casa de Jonathan Edwards, el gran teólogo preservó los diarios de David Brainerd y publicó la historia de su vida. El relato se extendió mucho más allá de los bosques donde Brainerd había orado, inspirando a generaciones de creyentes a buscar a Dios con mayor devoción. Misioneros como William Carey, Henry Martyn, Robert Murray M'Cheyne y Jim Elliot encontrarían más tarde aliento en el ejemplo de un joven cuya pasión por Cristo ardió más intensamente que su breve vida.

Esto es de lo que tratan estos 21 Días para Despertar.

Este recorrido está construido alrededor de tres movimientos que han marcado todo avivamiento a lo largo de la Escritura y la historia de la Iglesia.

Primero viene la rendición.

Antes de que Dios llene una vida, la pide. Antes de que caiga el fuego, el altar debe ser preparado. Durante nuestra primera semana, caminaremos junto a hombres y mujeres que lo dejaron todo a los pies de Jesús y descubrieron que la rendición no es pérdida, sino libertad.

Segundo viene la oración.

Todo avivamiento ha sido precedido por personas de oración. No una oración casual, sino persistente, desesperada y llena de fe. Durante nuestra segunda semana, aprenderemos de quienes buscaron a Dios con todo su corazón y se negaron a dejar de pedir, buscar y llamar.

Tercero viene la santa expectativa.

Dios no ha cambiado. El Espíritu no se ha retirado. Los milagros, sanidades, conversiones y transformaciones que leemos en la Escritura y la historia son recordatorios de que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos. Durante nuestra última semana, exploraremos historias que despiertan la fe y nos recuerdan que Dios todavía se mueve de maneras poderosas hoy.

Que estos 21 días se conviertan en una santa interrupción. Que despierten un nuevo hambre por la presencia de Dios. Que aviven una oración más profunda. Que generen expectativa por lo que solo Dios puede hacer.

A lo largo de la historia, siempre que Dios está por hacer algo nuevo, primero despierta hambre en el corazón de su pueblo.

Que Él lo haga otra vez.

"Mis deseos aparentemente se centraban en Dios, y sentí una atracción sensible del alma hacia Él varias veces hoy. Sé que anhelo a Dios, y una conformidad a su voluntad, en pureza interior y santidad, diez mil veces más que cualquier cosa aquí abajo."

(David Brainerd, 15 de abril de 1742)

CÓMO USAR ESTE LIBRO

Bienvenido a 21 Días para AWAKEN.

Este devocional es más que una colección de historias. Es una invitación.

Durante los próximos veintiún días, caminarás junto a hombres y mujeres cuyas vidas fueron marcadas por la rendición, la oración y la santa expectativa. Algunos fueron misioneros. Algunos fueron mártires. Algunos fueron avivadores. Otros vivieron en la oscuridad y el anonimato. Cada uno descubrió algo que transformó su vida: Dios responde a los corazones hambrientos.

Mientras lees, recuerda que el objetivo no es simplemente aprender sobre el despertar. El objetivo es experimentarlo.

Lee despacio

Resiste la tentación de avanzar con prisa. Lee un devocional cada día y permite que la historia, la Escritura y la reflexión se asienten en tu corazón.

A veces Dios habla a través de una frase.

A veces a través de una historia.

A veces a través de una pregunta que no puedes dejar de pensar.

Dale espacio al Espíritu para obrar.

Ora con honestidad

Cada día incluye una guía de oración. Úsala como punto de partida, no como un guion. Habla con Dios con honestidad acerca de lo que estás aprendiendo, sintiendo y experimentando. Pídele que escudriñe tu corazón, profundice tu fe y despierte en ti un nuevo hambre.

Practica el ayuno

Cada devocional incluye un desafío de ayuno. Algunos implicarán comida. Otros pueden involucrar medios de comunicación, comodidades, conveniencia o distracciones. El propósito no es la negación por sí misma, sino crear espacio para Dios. Cuando sientas la ausencia de lo que has dejado a un lado, deja que eso te recuerde orar.

Adora diariamente

Cada día concluye con una guía de adoración. Siempre que sea posible, dedica tiempo a adorar a través de la canción sugerida u otra expresión significativa. La adoración tiene la capacidad de llevar la verdad de nuestra mente a nuestro corazón.

Escribe el recorrido en un diario

Considera llevar un cuaderno durante estos veintiún días.

Escribe:

- Escrituras que te impacten.
- Oraciones que Dios responda.
- Ideas o revelaciones del Espíritu Santo.
- Áreas de crecimiento o convicción.
- Nombres de personas por las que estás orando.
- Momentos en los que sientas que Dios te habla.

Puede sorprenderte lo que descubras cuando mires atrás.

Ven con expectativa

A lo largo de este devocional, encontrarás historias de oraciones respondidas, vidas transformadas, provisión milagrosa, despertares espirituales y encuentros extraordinarios con Dios. Estas historias no están incluidas para impresionarte, sino para recordarte que Dios sigue obrando. El mismo Espíritu que se movió en las páginas de la Escritura y a lo largo de la historia de la Iglesia sigue moviéndose hoy. Ven con expectativa.

Únete al camino juntos

Si es posible, recorre estos veintiún días con otras personas. Hablen de lo que están aprendiendo. Compartan peticiones de oración. Ámense mutuamente. Oren juntos. El avivamiento a menudo ha avanzado a través de comunidades de personas que buscan a Dios en unidad.

Prepárate para Awaken

Todo en este devocional está llevando a algo. Estos veintiún días están diseñados para preparar nuestros corazones para Awaken, tres noches y un domingo apartadas para adoración, oración, enseñanza y encuentro con Dios en comunidad.

No se trata simplemente de asistir.

Prepárate.

Ven con hambre.

Ven rendido.

Ven con expectativa.

Dios frecuentemente se encuentra con aquellos que lo buscan intencionalmente.

Como descubrió David Brainerd en los bosques de la América colonial, los mayores avivamientos comienzan mucho antes de que las multitudes se reúnan. Comienzan cuando un corazón se vuelve hambriento de Dios.

SEMANA UNO:

CORAZONES RENDIDOS



20 agosto

DÍA UNO: DEJA TODO

Francisco de Asís (1181-1226)

"Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes y dáselos a los pobres...luego ven y sígueme." (Mateo 19.21)

DEVOCIONAL:

Todo avivamiento comienza con una rendición.

Antes de que haya avivamiento, hay un altar. Antes de que haya poder, hay sacrificio. Antes de que Dios llene una vida, primero la pide. Pocas personas ilustran esto mejor que Francisco de Asís. Nacido en Italia alrededor del año 1181, Francisco creció rodeado de riqueza, comodidad y oportunidades. Su padre era un próspero comerciante de telas, y Francisco disfrutaba de los privilegios de una vida acomodada. Le encantaban las fiestas, soñaba con ser caballero y buscaba la admiración de los demás. Si alguien parecía destinado al éxito según los estándares del mundo, era Francisco.

Pero Dios tenía otros planes.

Después de una serie de derrotas militares, enfermedades y decepciones, Francis comenzó a percibir que algo le faltaba. Las cosas que antes lo satisfacían de repente se sentían vacías. La riqueza no podía calmar la inquietud de su alma. El estatus no podía satisfacer el hambre más profunda que crecía dentro de él. Dios estaba despertando algo.

Un día, mientras oraba en las ruinas de la Iglesia de San Damiano, Francisco sintió que Cristo le hablaba:

"Francisco, reconstruye mi iglesia."

Al principio pensó que Jesús se refería al edificio físico frente a él. Vendió parte de las valiosas telas de su padre para financiar reparaciones. Su padre se enfureció. El conflicto finalmente llevó a Francisco ante el obispo de Asís.

Lo que sucedió después sorprendió a todos.

De pie ante la multitud, Francisco se quitó la ropa fina que su padre le había dado, la dejó en el suelo y renunció a su derecho a la riqueza y herencia familiar. Declaró que, a partir de ese momento, su Padre estaba en el cielo.

Fue un acto dramático de rendición.

Francis entendió algo que a muchos nos cuesta aprender. Dios no está interesado en ser una parte de nuestra vida. Él desea toda nuestra vida. El despertar comienza cuando dejamos de negociar con Dios y comenzamos a confiar en Él completamente.

Lo que resulta notable es que Francis no se volvió menos vivo a través de la rendición. Se volvió más vivo que nunca. Liberado de la necesidad de impresionar a los demás, se dedicó a la oración, al servicio de los pobres, al cuidado de los leprosos y a proclamar a Cristo. Su gozo se volvió contagioso. Lo que comenzó con una sola vida rendida se convirtió en un movimiento que transformó a incontables personas.

Muchas personas desean el avivamiento, pero pocas están dispuestas a rendirse.

Le pedimos a Dios que envíe fuego mientras que silenciosamente protegemos las cosas que no queremos que Él toque. A lo largo de la historia, el despertar casi siempre ha comenzado con hombres y mujeres que pusieron todo en el altar y dijeron: "Señor, lo que Tú quieras". Ahí comienza nuestro viaje.

Antes de pedirle a Dios que se mueva en nuestra iglesia, ciudad o nación, debemos permitirle primero que se mueva en nosotros. La pregunta no es si Dios desea despertar a su pueblo. La pregunta es si estamos dispuestos a rendir todo lo que se interpone.

Guía de oración:

"Señor, pongo mi vida nuevamente sobre el altar. Examina mi corazón y revela cualquier cosa que esté reteniendo de Ti. Dame el valor para confiar en ti completamente."

Desafío de ayuno:

Elige una comodidad, conveniencia o forma de entretenimiento y ríndela por las próximas 24 horas. Cada vez que notes su ausencia, ora: "Jesús, Tú eres suficiente para mí."

Guía de adoración:

Escucha "I Surrender" de Hillsong Worship.

**"Empieza haciendo lo necesario, luego lo posible,
y de repente estarás haciendo lo imposible."
(Francisco de Asís)**

21 agosto

DÍA DOS: EN EL DESIERTO

Antonio del Desierto (251-356)

"Muy de madrugada, cuando todavía estaba oscuro, Jesús se levantó, salió de la casa y se fue a un lugar solitario, donde oraba." (Marcos 1.35)

DEVOCIONAL:

El camino hacia el despertar a menudo pasa por el desierto.

Puede sonar extraño. Tendemos a asociar la vitalidad espiritual con multitudes, conferencias, servicios de adoración y actividades. A lo largo de la Escritura, muchas de las obras más profundas de Dios ocurrieron en lugares solitarios. Moisés se encontró con Dios en el desierto. Elías escuchó el susurro de Dios en el desierto. Juan el Bautista fue formado en el desierto. Incluso Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto antes de comenzar su ministerio público. El desierto siempre ha sido una de las aulas de Dios.

Pocas personas entendieron esto mejor que Antonio del Desierto.

Nacido en Egipto alrededor del año 251 d.C., Antonio creció en una familia cristiana acomodada. Cuando tenía unos veinte años, sus padres murieron, dejándole la responsabilidad de su hermana menor y una considerable herencia. Un día, mientras asistía a la iglesia, escuchó leer en voz alta las palabras de Jesús:

"Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres... luego ven y sígueme." (Mateo 19:21)

A diferencia de muchos que admiran las palabras de Jesús desde la distancia, Antonio las tomó en serio. Distribuyó sus bienes, confió el cuidado de su hermana a una comunidad de creyentes y se retiró al desierto egipcio para buscar a Dios.

A primera vista, su decisión parece extrema. ¿Por qué alguien dejaría atrás la sociedad, la comodidad y las oportunidades? Porque Antonio reconoció algo que muchos pasamos por alto: el ruido puede ahogar la voz de Dios.

El desierto no se trataba de escapar. Se trataba de atención.

En el silencio, Antonio comenzó a enfrentarse a las realidades más profundas de su propio corazón. Los relatos antiguos describen intensas batallas espirituales: tentaciones, miedos, distracciones, orgullo, enojo y desánimo. Un relato cuenta que Antonio se retiró a una tumba abandonada en el borde del desierto. Allí se dedicó a la oración y al ayuno, buscando a Dios en la soledad. Cu

Una noche, la batalla fue tan fuerte que unos amigos lo encontraron desplomado y apenas consciente. Pensando que no podría continuar, lo llevaron de regreso al pueblo. Después de recuperarse, Antonio hizo algo extraordinario: regresó al desierto.

Más tarde, se dice que Antonio clamó:

“Señor, ¿dónde estabas? ¿Por qué no apareciste desde el principio para detener mi sufrimiento?”

La respuesta vino:

“Yo estaba aquí, Antonio. Pero esperé para ver tu lucha.”

Ya sea que entendamos esta historia como guerra espiritual, angustia emocional o el doloroso proceso de confrontar su propio corazón, la lección sigue siendo la misma: el desierto expuso todo lo que competía por su afecto y devoción. Esto es lo que a menudo hace la soledad.

Cuando el ruido se desvanece, descubrimos lo que realmente está ocurriendo dentro de nosotros. El desierto no reveló la ausencia de Dios. Reveló la presencia de Dios en medio de la lucha.

El desierto despojó las distracciones que impedían que Antonio escuchara a Dios con claridad. Con el tiempo, la gente comenzó a buscarlo para recibir sabiduría, consejo y oración. Irónicamente, el hombre que huyó de las multitudes se convirtió en uno de los líderes espirituales más influyentes de su generación. Otros siguieron su ejemplo, y surgió un movimiento que llegaría a conocerse como los Padres y Madres del Desierto.

Irónicamente, el movimiento no comenzó con influencia. Comenzó con rendición. Comenzó con silencio. Comenzó con un hombre dispuesto a apartarse el tiempo suficiente para escuchar. Muchos de nosotros vivimos rodeados de ruido.

Notificaciones, horarios, responsabilidades, entretenimiento y distracciones interminables compiten por nuestra atención en cada momento del día. El despertar a menudo comienza cuando creamos intencionalmente espacio para Dios. El objetivo no es escapar del mundo. El objetivo es encontrarnos con Dios.

Al comenzar este camino hacia el despertar, quizás el mayor desafío no es aprender a hacer más para Dios, sino aprender a estar en silencio delante de Él. A veces, la voz que más necesitamos escuchar es la que ha estado hablando todo el tiempo.

Guía de oración:

“Señor, calma el ruido dentro de mí. Ayúdame a oír Tu voz por encima de toda distracción. Enséñame a buscar Tu presencia más que el confort, la actividad o la aprobación.”

22 agosto

DÍA TRES: NADA RETENIDO

Perpetua (181-203) y Felicitas (c. 203)

"Porque para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia." (Filipenses 1.21)

DEVOCIONAL:

El avivamiento siempre tiene un costo.

Nos encantan las historias de milagros, avances y despertares espirituales. Celebramos los momentos en que Dios se mueve poderosamente y las vidas son transformadas. Pero debajo de casi todo gran mover de Dios hay una realidad más silenciosa: hombres y mujeres que decidieron que Jesús valía todo.

En el año 203 d.C., durante una ola de persecución en el norte de África, una joven noble llamada Perpetua fue arrestada por seguir a Cristo. Tenía sólo veintidós años. Era educada, adinerada y madre de un bebé. Junto a ella estaba Felicitas, una joven sirvienta que estaba embarazada de su primer hijo.

Las autoridades romanas les ofrecieron una elección sencilla:
Renunciar a Cristo y vivir.
Permanecer fieles y morir.

El padre de Perpetua le suplicó. Le rogó que pensara en su familia, su futuro y su hijo. Una y otra vez la instó a abandonar su fe.
Pero Perpetua se negó.

Según su diario en prisión, uno de los primeros escritos cristianos atribuidos a una mujer, ella señaló un objeto cercano y preguntó a su padre si podía llamarse de otra forma distinta a lo que era.

"No", respondió él.

"Entonces", explicó ella, "tampoco yo puedo llamarme de otra cosa que no sea lo que soy".
Una cristiana.

Su identidad pertenecía a Cristo. Nada podía cambiar eso.

Días antes de la ejecución, Felicitas dio a luz a una hija en prisión. Los guardias se burlaron de sus gritos de dolor. "Si sufres tanto ahora, ¿qué harás cuando enfrentes a las bestias en el anfiteatro?", le dijeron.

Su respuesta ha resonado a lo largo de la historia:

Ahora soy yo quien sufre lo que sufro. Luego habrá Otro en mí que sufrirá por mí, porque yo también estaré sufriendo por Él.”

Poco después, Perpetua y Felicitas entraron juntas en el anfiteatro. La multitud esperaba terror. En cambio, fue testigo de valentía. Cuando los animales atacaron, ambas mujeres fueron derribadas violentamente al suelo. La ropa de Perpetua se desgarró en el ataque. En lugar de entrar en pánico, ella recogió con calma su vestimenta, se puso de pie y, al ver a Felicitas herida cerca, cruzó la arena, ayudó a su amiga a levantarse, y juntas enfrentaron a la multitud.

Roma intentó que el espectáculo inspirara miedo. En cambio, reveló fe. El Imperio poseía poder militar, autoridad política, riqueza e influencia. Sin embargo, no pudo vencer a dos mujeres que ya habían rendido sus vidas a Cristo.

Cuando el espectáculo finalmente terminó, las dos jóvenes se dieron el beso de paz y se prepararon para encontrarse con Cristo. El joven gladiador asignado para ejecutar a Perpetua temblaba al acercarse. Al ver su vacilación, la propia Perpetua guió la espada hacia su garganta.

Mucho antes de entrar en la arena, ya lo había entregado todo. El Imperio creía que estaba acabando con dos vidas. En realidad, estaba presenciando una fe que no podía ser derrotada. Ese es el misterio de la rendición.

Cuando todo pertenece a Jesús, el miedo pierde su poder.

La mayoría de nosotros nunca enfrentará una arena llena de bestias salvajes. Sin embargo, cada día enfrentamos oportunidades más pequeñas de compromiso. Somos tentados a elegir la comodidad sobre la obediencia, la aprobación sobre la fidelidad, la seguridad sobre la confianza.

El despertar comienza cuando dejamos de preguntar: “¿Cuánto me costará esto?” y empezamos a preguntar: “¿Es Jesús digno?”

Perpetua y Felicitas nos recuerdan que la rendición no es simplemente entregar a Dios nuestras posesiones, nuestras agendas o nuestros planes.

Es entregarle a Él a nosotros mismos. Completamente.

Lo extraordinario es que la sangre de los mártires se convirtió en la semilla de la Iglesia. Lo que Roma intentó destruir solo se extendió. El valor de creyentes como Perpetua y Felicitas inspiró a incontables personas a seguir a Cristo sin importar el costo.

Sus vidas proclaman una verdad que todo despertar acaba descubriendo: Jesús lo vale todo.

23 agosto

DÍA CUATRO: **TRES MONEDAS, UNA BIBLIA Y UNA VIDA RENDIDA**

Gladys Aylward (1902-1970)

"Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad."
(2 Corintios 12.9)

DEVOCIONAL:

Tres pequeñas monedas de cobre.

Eso era todo lo que tenía Gladys Aylward.

Sentada sola en su habitación, sostenía un sueño que parecía imposible. Durante años había creído que Dios la estaba llamando a China. Sin embargo, nada en sus circunstancias sugería que eso pudiera suceder. Había dejado la escuela a los catorce años, trabajado como sirvienta y fracasado en una escuela de formación misionera.

El veredicto fue devastador: "No tienes lo que se necesita para ser misionera."

Para muchas personas, ese habría sido el final de la historia. Para Gladys, fue el comienzo.

Una noche, desanimada e insegura, abrió su Biblia en el libro de Nehemías. Mientras leía sobre un hombre que lo dejó todo para reconstruir Jerusalén, sintió que Dios hablaba a su corazón.

"¿El Dios de Nehemías es tu Dios?" "Sí", respondió ella. "Entonces haz lo que hizo Nehemías, y ve." "Pero yo no soy Nehemías." La respuesta vino: "No, pero Yo soy su Dios." Eso lo resolvió todo. Gladys colocó su Biblia sobre la cama. Junto a ella puso todo el dinero que tenía: tres pequeñas monedas de cobre.

Luego oró una oración que daría forma al resto de su vida:

"Dios, aquí está mi Biblia. Aquí está mi dinero. Aquí estoy yo. Úsame."

Ese fue el secreto de Gladys Aylward.

Rendición.

Desde ese momento, comenzó a ahorrar cada centavo que podía. Trabajó horas extra y vendió sus pertenencias personales. Finalmente, compró un boleto de tren y comenzó el peligroso viaje a

Una carga en particular cautivó su corazón: el sufrimiento de mujeres y niñas.

Durante siglos, las niñas en China sufrían la práctica del vendaje de pies. Sus pies eran envueltos con tanta fuerza que los huesos se quebraban y deformaban a medida que crecían. Lo que la sociedad llamaba belleza, a menudo producía una vida entera de dolor.

Gladys no pudo mirar hacia otro lado.

Oró por un cambio, y Dios la usó para convertirse en la respuesta a esa oración.

Entonces ocurrió algo inesperado. El mandarín local la nombró inspectora oficial de pies. Era un encargo extraordinario para una mujer extranjera. Aldea tras aldea, viajaba. La tradición resistía. Algunos protestaban. Otros escuchaban.

Gladys se paraba delante de las familias y declaraba: "Desata los pies de esa niña." Uno por uno, los vendajes eran retirados.

Una aldea a la vez.

Una niña a la vez.

Un pie a la vez.

Mientras ayudaba a liberar los pies, les hablaba de Jesús, Aquel que vino a liberar los corazones.

Años después, esa rendición sería puesta a prueba de una forma que nunca imaginó. En 1938, fuerzas japonesas invadieron China. Las bombas cayeron sobre el campo. Las aldeas fueron incendiadas y la Posada de las Ocho Felicidades fue destruida. Muchos murieron. Para entonces, Gladys había llegado a ser madre de más de cien niños huérfanos. Si se quedaban, probablemente morirían. La única esperanza era llegar a un lugar seguro más allá del Río Amarillo, a más de cien millas de distancia. Así que Ai-weh-deh reunió a sus niños y comenzó a caminar.

Durante veintisiete días cruzaron montañas con poca comida y escasos suministros. Dormían en suelo húmedo con ropa mojada. Sus pies se llenaban de ampollas y sus labios se agrietaban por la sed. Los niños mayores cargaban a los más pequeños cuando ya no podían caminar. Durante todo el viaje, Gladys los guiaba constantemente en himnos.

Cuando surgía el miedo, cantaban.

Cuando crecía el hambre, cantaban.

Cuando caía la oscuridad, cantaban.

Las canciones les recordaban que pertenecían a un Dios más grande que la guerra que los rodeaba.

Cuando finalmente llegó la noche, herida y sola, se levantó y comenzó a buscar a los niños. Uno por uno, a través de las montañas, hasta encontrarlos a todos. El viaje continuó. Finalmente llegaron al río Amarillo, solo para descubrir que no había forma de cruzarlo.

Durante cuatro días esperaron. No llegó ninguna barca. Gladys tenía fiebre y estaba debilitada por el hambre. En su angustia pensó: “Estos niños tienen a la guía equivocada. Yo no puedo caminar sobre el agua...” En ese momento, una de las niñas mayores, Sulan, se acercó y le preguntó: “¿Recuerdas a Moisés, Ai-weh-deh? Dios abrió el Mar Rojo para él.” Agotada y desanimada, Gladys respondió: “Yo no soy Moisés.” Sulan contestó: “No, pero Dios sigue siendo Dios.”

Al mirar los rostros cansados reunidos junto al río, Gladys hizo lo único que sabía hacer: comenzó a cantar. Una voz se convirtió en dos. Dos en diez. Pronto, más de cien niños hambrientos estaban cantando himnos a la orilla del río.

Canciones de adoración, confianza y esperanza.

Cerca de allí, soldados chinos escucharon el sonido. Al principio pensaron que era un avión a lo lejos. En cambio, encontraron a la pequeña misionera rodeada de más de cien niños cantando en medio del sufrimiento. Los soldados se detuvieron y los ayudaron a cruzar.

El problema nunca fue si Gladys era suficiente. El problema era si Dios era suficiente. Dios nunca ha exigido perfección antes de la obediencia. Solo pide rendición.

El despertar comienza cuando dejamos de ofrecerle a Dios nuestras excusas y comenzamos a ofrecerle a nosotros mismos. No porque nosotros seamos suficientes, sino porque Él lo es.

Una mujer rechazada por una escuela misionera se convirtió en una de las misioneras más influyentes del siglo XX.

No porque fuera la elección obvia.

Sino porque estuvo dispuesta.

Guía de oración:

“Señor, te entrego mis miedos, limitaciones y excusas. Ayúdame a confiar más en Tu fuerza que en mi debilidad y a obedecer cualquier cosa que me pidas.”

Desafío de ayuno:

Ayuna hoy de gastos inn

24 agosto

DÍA CINCO: RESCATANDO LO QUE DIOS AMA

Amy Carmichael (1867-1951)

"La religión pura y sin mancha delante de Dios nuestro Padre es esta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones..." (Santiago 1.27)

DEVOCIONAL:

Algunas oraciones nos cambian. Otras cambian el mundo.

Amy Carmichael hizo una oración sencilla cuando era niña en Irlanda: "Señor, haz conmigo lo que quieras". No tenía idea de adónde la llevaría esa oración.

Nacida en 1867, Amy creció en un hogar cristiano lleno de amor. Era inteligente, apasionada y profundamente comprometida con Cristo. Siendo adolescente, comenzó a ministrar a jóvenes obreras en fábricas de Belfast, reuniéndolas para estudios bíblicos y reuniones de oración. Incluso entonces, Dios estaba formando su corazón para aquellos que eran pasados por alto y olvidados.

A los diecinueve años, Amy imaginaba servir a Dios en China. Se preparó, oró y planificó. Luego la enfermedad cerró esa puerta. Más tarde viajó a Japón, convencida de haber encontrado finalmente su llamado. En pocos meses, otra enfermedad la obligó a salir nuevamente. Dos sueños habían terminado en decepción. Sin embargo, Amy se negó a concluir que Dios la había abandonado. Mirando hacia atrás, descubriría que las puertas cerradas no eran rechazo de Dios, sino su redirección. En 1895 llegó a la India, el lugar donde su verdadero llamado la esperaba. Allí pasaría los siguientes cincuenta y cinco años derramando su vida por las personas que Dios amaba.

Allí descubrió un horror oculto: el tráfico sistemático de niñas bajo el disfraz de servicio religioso, conocido como el sistema devadasi. "Dedicadas" a los templos hindúes, estas niñas eran despojadas de su libertad, explotadas sexualmente y abusadas físicamente. La mayoría de las personas ignoraba esta esclavitud legal; Amy no pudo hacerlo.

Entonces, una mañana antes del amanecer, hubo un golpe en la puerta. Afuera estaba una niña asustada. Su nombre era Preena. Estaba agotada, sucia y temblando. Durante años había vivido dentro del sistema del templo. Había escuchado susurros sobre una misionera que amaba a los niños y ayudaba a los que estaban en problemas. Así que, bajo la cobertura de la oscuridad, corría a través de campos, caminos polvorientos y entre personas que podrían devolverla, hacia un lugar que esperaba que exist

Los riesgos eran enormes. Las autoridades de los templos exigían que los niños fueran devueltos. Las amenazas eran frecuentes. Hubo momentos en los que le advirtieron que su vida estaba en peligro. Sin embargo, ella se negó a detenerse.

¿Por qué?

Porque una vez que has sostenido en tus brazos a un niño asustado, se vuelve difícil fingir que no ves el problema. Ella escribió una vez: “Uno puede dar sin amar, pero no puede amar sin dar.” Ese era el secreto. Su ministerio no estaba impulsado por la ira, sino por el amor.

Con el tiempo, Amy Carmichael estableció lo que llegó a conocerse como la Dohnavur Fellowship, un refugio que con el tiempo cuidaría a cientos de niños. Durante más de cincuenta años sirvió en la India sin regresar jamás a su país de origen. Derramó sin descanso su vida por aquellos a quienes la sociedad había olvidado.

Luego, a los sesenta y tres años, ocurrió otro giro inesperado. Mientras caminaba cerca de Dohnavur, Amy cayó en una zanja de drenaje y sufrió graves lesiones en la pierna y la espalda. Las heridas nunca sanaron por completo, dejándola en gran parte confinada a la cama durante los últimos veinte años de su vida. Muchos habrían visto esto como el fin de su ministerio. Amy lo vio como una nueva asignación. Desde su cama continuó escribiendo, orando, discipulando y animando a otros. Aunque su cuerpo estaba limitado, su influencia siguió extendiéndose por todo el mundo.

La historia de Amy nos recuerda que la rendición no es simplemente renunciar a cosas. Es permitir que el amor de Dios redirija nuestras vidas. Muchas personas le preguntan a Dios: “¿Cuál es Tu voluntad para mí?”

Tal vez una mejor pregunta sea: “¿Qué rompe Tu corazón?”

La respuesta a menudo revela la asignación.

Dios ama a los olvidados.

Dios busca a los vulnerables.

Dios ve a aquellos que otros pasan por alto.

Cuando rendimos nuestra vida a Él, Su compasión comienza a fluir a través de nosotros. El despertar no es solo lo que Dios quiere hacer en nosotros, sino también lo que quiere hacer a través de nosotros. Cuanto más profunda es nuestra rendición, más comenzamos a amar lo que Él ama. La pregunta no es si hay personas heridas a nuestro alrededor. La pregunta es si las vemos.

Guía de oración:

“Señor, dame Tu corazón por las personas. Ay

25 agosto

DÍA SEIS: LA MANO QUE SE NEGÓ A MOVERSE

Corrie ten Boom (1892-1983)

"Más bien, sean bondadosos y compasivos unos con otros y perdónense mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo." (Efesios 4.32)

DEVOCIONAL:

Algunas heridas sanan lentamente.

Otras permanecen durante años bajo la superficie.

A veces lo más difícil de rendir no son nuestras posesiones, nuestros planes o nuestra comodidad; es nuestro derecho a aferrarnos a una herida.

Corrie ten Boom entendía esto mejor que la mayoría.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Corrie y su familia arriesgaron sus vidas al esconder refugiados judíos de los nazis en su casa en Holanda. Finalmente fueron descubiertos y arrestados. Corrie, su hermana Betsie y otros miembros de la familia fueron enviados a campos de concentración, donde el hambre, las enfermedades, la humillación, el trabajo forzado y la muerte se convirtieron en parte de la vida diaria. Sin embargo, incluso allí, Corrie y Betsie compartían discretamente las Escrituras, oraban con otras prisioneras y señalaban a las personas hacia Cristo.

Betsie no sobreviviría a Ravensbrück.

Corrie sí.

Después de la guerra, comenzó a viajar por toda Europa contando la historia de la fidelidad de Dios y hablando del perdón encontrado en Cristo. Era un mensaje que había ganado el derecho de proclamar. Una y otra vez, testificaba que la gracia de Dios era más grande que el odio, el mal, el sufrimiento y los horrores que había presenciado durante la guerra.

Entonces, una noche, después de hablar en una iglesia en Alemania, Corrie vio a un hombre abriéndose paso entre la multitud hacia ella. Inmediatamente reconoció su rostro. Este hombre había sido uno de los guardias.

Él extendió su mano y se presentó. Desde la guerra, explicó, se había convertido en cristiano. Habló con gratitud del perdón de Dios y de la nueva vida que había encontrado en Cristo. Entonces llegó la pregunta que Corrie nunca esperó escuchar:

"¿Me perdonas?"

De repente, imágenes de barracones abarrotados y sufrimiento llenaron su mente. Recordó la crueldad y pensó en Betsie, cuya vida había terminado en aquel lugar terrible. Todo dentro de ella se resistía. La mano del hombre permanecía extendida, mientras las palabras seguían resonando en su interior: “¿Me perdonas?”

Más tarde, Corrie admitió que no podía perdonarlo. Al menos, no con sus propias fuerzas. Sabía lo que Jesús enseñaba sobre el perdón. Lo había predicado muchas veces. Sin embargo, frente al hombre que representaba algunos de los momentos más oscuros de su vida, descubrió que predicar el perdón y extender el perdón no siempre son lo mismo.

Su mano se sentía paralizada a su lado.

Sabía lo que debía hacer, pero no podía obligarse a hacerlo. En silencio oró: “Jesús, ayúdame”. Entonces hizo lo único que podía hacer.

Levantó su mano.

No porque se sintiera con ganas de perdonar, ni porque el dolor hubiera desaparecido misteriosamente, sino que lentamente extendió su mano. Con recuerdos tan reales en ese momento como cuando ocurrieron, la extendió como un acto puro de obediencia.

Años después escribió que, al estrechar su mano, ocurrió algo inesperado. El perdón que ella no podía producir por sí misma fluyó hacia ella desde Cristo mismo. Lo que comenzó como obediencia se convirtió en gracia genuina.

La historia nos recuerda que algunas de las barreras más profundas para el despertar espiritual no están fuera de nosotros, sino dentro de nosotros. Anhelamos que Dios llene nuestros corazones con su Espíritu, pero a veces nuestros corazones siguen llenos de heridas antiguas, resentimientos, decepciones y deudas que nos negamos a soltar. Oramos por avivamiento mientras repetimos heridas que no podemos olvidar.

El perdón no excusa el mal. No borra las consecuencias. No nos exige fingir que lo que ocurrió nunca pasó. Pero el perdón sí renuncia a nuestro derecho a cargar ese peso para siempre.

Quizás por eso Jesús habló tanto sobre el perdón. Un corazón lleno de amargura tiene poco espacio para el amor, así como un corazón consumido por el resentimiento lucha por recibir la gracia. El milagro de Corrie no fue solamente haber sobrevivido a Ravensbrück. Fue que Cristo le permitió perdonar. El avivamiento comienza con la rendición, y a veces la rendición más difícil no son nuestras posesiones, nuestros planes o nuestra comodidad. A veces son nuestras heridas. Aunque no podemos cambiar lo que nos hicieron, siempre podemos elegir qué hacemos con ello. Corrie puso su dolor en las manos de Cristo y descubrió que su gracia

26 agosto

DÍA SIETE: PREDICANDO A UNA HABITACIÓN VACÍA

Stephen Grellet (1773-1855)

"No nos cansemos de hacer el bien, porque a su debido tiempo cosecharemos si no nos damos por vencidos." (Gálatas 6.9)

DEVOCIONAL:

La mayoría de nosotros quiere saber que lo que hacemos importa.

Queremos ver resultados. Queremos fruto visible. Queremos confirmación de que nuestra obediencia está produciendo algo. Sin embargo, algunas de las obras más importantes de Dios ocurren más allá de lo que nuestros ojos pueden ver.

Stephen Grellet aprendió esta lección de una manera que nunca olvidó.

Nacido en una familia francesa adinerada, su vida cambió para siempre por los acontecimientos de la Revolución Francesa. Eventualmente emigró a los Estados Unidos, donde encontró a Cristo y de inmediato sintió pasión por contarles a otros la historia de Jesús.

En 1799, Grellet y el misionero John Hall viajaron hacia el sur desde Filadelfia hasta Carolina del Norte. El viaje los llevó por las montañas escarpadas de los Apalaches. En su diario, Grellet recordó haber enfrentado serpientes de cascabel, lobos, hambre, tormentas y las innumerables dificultades del viaje en la frontera. Sin embargo, predicaba a Cristo en todo lugar donde iba. Ya fuera hablando con un montañés, un granjero, un comerciante o una persona esclavizada, buscaba cada oportunidad para compartir la esperanza que había encontrado en Jesús. Eventualmente el viaje terminó, y Grellet regresó a Pensilvania.

Poco después de llegar, sintió que el Espíritu Santo le hablaba al corazón: "Vuelve y predica a esos hombres solitarios". Inmediatamente supo a quién se refería el Espíritu. Durante su viaje, había pasado por un campamento de leñadores en lo profundo del bosque. Eran hombres conocidos por su embriaguez y su falta de respeto por la ley. Grellet había seguido su camino sin detenerse, pero ahora la carga no lo dejaba en paz.

Al día siguiente, se internó nuevamente en el bosque. Después de casi tres días de viaje agotador, finalmente llegó al campamento. Estaba vacío. No quedaba ni un solo leñador. Los hombres se habían trasladado a otro sitio de trabajo más profundo en el bosque, sin dejar indicación de cuándo regresarían. Podrían pasar días o semanas antes de que alguien volviera.

Confundido y desanimado, Grellet entr

Al volverse para irse, sintió otra impresión en su espíritu: “Detente. No hubo error. Este es exactamente el lugar donde debes estar.” Grellet oró en silencio pidiendo dirección, y la respuesta vino: “Entrega tu mensaje. No es tuyo, sino Mío.”

Entonces se dio la vuelta. Subió a una silla en la cabaña vacía y comenzó a predicar como si doscientos hombres estuvieran sentados frente a él. Elevó su voz, predicando a una habitación vacía con más fervor y pasión que nunca antes. Y lo más sorprendente: sintió el poder de Dios fluir a través de él como nunca antes. Proclamó el amor de Dios, la tragedia del pecado y la reconciliación posible por medio de Jesucristo, percibiendo la presencia de Dios de una manera extraordinaria.

Cuando terminó, oró por los leñadores ausentes. Luego comió el pan que había llevado, bebió de un arroyo cercano y emprendió el largo camino de regreso.

Nunca vio a un solo leñador, pero llevó una profunda paz en su corazón, creyendo que había hecho exactamente lo que Dios le pidió.

Años después, mientras cruzaba el puente de Londres, un desconocido lo detuvo: “¡Ahí estás! El hombre exclamó. ¡Por fin te he encontrado!” Sorprendido, Grellet asume que el hombre estaba equivocado. Pero el desconocido le insistió: “Tú eres el hombre del bosque”. Poco a poco se fue revelando la historia. El desconocido había sido uno de los leñadores.

“¿El hombre del bosque?” preguntó Grellet.

“El predicador en el campamento de Leñadores.”

De pronto, una memoria comenzó a resurgir.

El desconocido continuó.

“¿Recuerdas aquel campamento en lo profundo del bosque? Creías que estabas solo aquel día, pero no era así. Todos los hombres se habían trasladado a otro lugar de trabajo, pero yo había olvidado mi sierra y mis herramientas, y regresé a buscarlas. Al acercarme a la cabaña, escuché la voz de un hombre resonando desde el interior.

Por curiosidad, encontré una abertura en la pared, justo donde encajaban las rendijas de madera. Miré a través del hueco y allí te vi predicando. Escuché todo lo que decías.

Mi vida cambió para siempre a causa de aquel día. Estaba lleno de paz y alegría, pero me sentía miserable por el estado de mi alma. Sentía la convicción de mi pecado y de la vida que había estado llevando. Sin embargo, hablaste de un camino de regreso al Padre. Un camino de vuelta a casa.

###

Años antes, había cuestionado si realmente había escuchado la voz de Dios correctamente. Había viajado durante días, predicado a sillas vacías y regresado sin ver ningún resultado.

Sin embargo, Dios había estado obrando todo el tiempo.

Stephen Grellet descubrió algo que todo seguidor de Jesús eventualmente debe aprender: la fidelidad y el fruto no siempre se ven al mismo tiempo.

La mayoría de nosotros quiere resultados inmediatos. Queremos evidencia visible de que nuestra obediencia importa. Queremos confirmación de que nuestras oraciones, conversaciones, invitaciones y actos de servicio están haciendo una diferencia.

Dios a menudo obra más allá de lo que nuestros ojos pueden ver.

Una conversación que apenas recordamos puede moldear una vida. Una oración hecha con fe puede dar fruto años después. Un simple acto de obediencia puede convertirse en el inicio de una historia que solo el cielo puede contar plenamente.

La habitación parecía vacía.

No lo estaba.

La rendición no es solo entregar a Dios nuestras posesiones, nuestra comodidad o nuestros planes. Es confiar en Él lo suficiente como para obedecer incluso cuando no podemos ver lo que está haciendo.

La cosecha le pertenece a Él. Nuestra parte es simplemente ser fieles.

Guía de oración:

“Señor, ayúdame a confiar en Ti cuando no pueda ver los resultados de mi obediencia. Dame el valor de ser fiel en lo pequeño y de dejar el resultado en Tus manos.”

Desafío de ayuno:

Ayuna de quejas hoy. Cada vez que te sientas tentado a quejarte, ora: “Señor, ayúdame a permanecer fiel incluso cuando no vea resultados.”

Guía de adoración:

Escucha “A.S.K.” de Engedi Music.

**“Espero pasar por este mundo solo una vez. Cualquier bien que pueda hacer, o cualquier amabilidad que pueda mostrar a cualquier criatura, que lo haga ahora.”
(Stephen Grellet)**

27 agosto

DÍA OCHO:

ESTABAN TODOS UNIDOS

Hechos 2 y El Primer Pentecostes

"Todos se reunían y estaban constantemente unidos en oración." (Hechos 1.14)

DEVOCIONAL:

Todo despertar comienza con personas rendidas. Sin embargo, las personas rendidas eventualmente enfrentan una pregunta: ¿Y ahora qué?

Esa era la situación de los discípulos después de la resurrección de Jesús.

Durante tres años habían recorrido caminos polvorientos con Él. Habían presenciado milagros, escucharon las enseñanzas de Jesús, le vieron morir y luego lo encontraron vivo otra vez. Por cuarenta días después de la resurrección, Jesús se les apareció repetidamente, enseñándoles acerca del reino de Dios.

Luego, desde el monte de los Olivos, ascendió al cielo. Antes de irse, les dio una promesa: "Recibirán poder cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes" (Hechos 1:8). También les dio una instrucción:

"Esperen."

Jesús no les dijo cuánto tiempo esperarían. No les dio una fecha ni explicó exactamente lo que ocurriría. Simplemente les dijo que permanecieran en Jerusalén hasta que llegara la Promesa del Padre.

Durante diez días esperaron.

Al principio, la espera quizá no parecía difícil. Seguramente algo sucedería pronto. Después de todo, habían visto a Cristo resucitado con sus propios ojos. El reino de Dios parecía listo para irrumpir.

Pero pasó un día,
luego otro,
y luego otro.

La ciudad alrededor de ellos seguía su ritmo mientras ellos se reunían para orar. Unos ciento veinte creyentes se juntaban en un aposento alto. Pedro, Juan y María, la madre de Jesús, estaban allí. Pescadores se sentaban junto a ex recaudadores de impuestos, hombres y mujeres de trasfondos muy distintos unidos por un mismo propósito.

Algunos, sin duda, tenían preguntas.

¿Qué pasará ahora? ¿Qué quiso decir Jesús con “poder”? ¿Cuánto más tendremos que esperar?

Ninguno lo sabía.

Lo que sí sabían era que Jesús les había dicho que permanecieran. Así que oraron.

Cuanto más se medita en Hechos 1, más extraordinaria se vuelve esa reunión de oración. No tenían estrategia para alcanzar al mundo. No había estructura organizativa, edificios, influencia ni poder político.

Solo tenían una promesa.

Día tras día se reunían, buscando a Dios juntos y confiando en que Él haría lo que había prometido.

Entonces llegó Pentecostés.

Jerusalén estaba llena de peregrinos. Judíos de todo el mundo romano habían venido a celebrar la Fiesta de las Semanas. Las calles estaban abarrotadas de visitantes que hablaban idiomas de todo el imperio.

De repente, todo cambió.

Un sonido como de un viento recio llenó el lugar donde estaban reunidos. Lenguas como de fuego se posaron sobre ellos. El Espíritu Santo fue derramado, y hombres y mujeres ordinarios comenzaron a proclamar las maravillas de Dios en idiomas que nunca habían aprendido.

La multitud se reunió asombrada.

Pedro, que semanas antes había negado conocer a Jesús, se levantó y proclamó el evangelio con valentía. El mismo hombre que había temblado ante una sirvienta ahora predicaba con autoridad. Al final del día, tres mil personas fueron bautizadas.

La Iglesia nació.

Cuando leemos Hechos 2, es fácil enfocarse en el viento, el fuego y el milagro de las lenguas. Si bien esas cosas ciertamente importan, todo llegó después de diez días de espera, oración y en búsqueda conjunta de Dios.

El fuego de Pentecostés descendió en el Templo, pero fue precedido por diez días en el aposento alto.

Ese patrón se repite en toda la Escritura y la historia de la iglesia. Antes de que el avivamiento sea público, casi siempre es privado. Antes de que caiga el fuego, alguien está orando. Antes de que Dios se mueva poderosamente a través de su pueblo, a menudo lo llama a buscarlo unido.

Los discípulos no podían fabric

28 agosto

DÍA NUEVE: LA VOZ INTERIOR

George Fox (1624-1691)

"Mis ovejas oyen mi voz; yo las conozco, y me siguen." (Juan 10.27)

DEVOCIONAL:

George Fox no estaba buscando una nueva religión.

Estaba buscando a Dios.

Nacido en Inglaterra en 1624, Fox creció durante uno de los períodos más turbulentos de la historia inglesa. La guerra civil dividía la nación. Las lealtades políticas cambiaban constantemente. La iglesia estaba fragmentada por debates y afirmaciones contradictorias de verdad. A donde mirara, la gente parecía más interesada en discutir religión que en conocer a Dios.

Pero la pregunta más profunda de Fox seguía sin respuesta.

De joven, comenzó a sentirse cada vez más inquieto por el estado de su alma. Anhelaba certeza, paz y una relación genuina con Dios. Seguramente, pensaba, alguien debía tener las respuestas. Así que comenzó a buscar.

Buscó ministros y eruditos. Viajó para encontrarse con líderes espirituales respetados. Escuchó sus consejos con atención, esperando que alguien pudiera ayudarlo a encontrar lo que su corazón anhelaba.

Una y otra vez, se fue decepcionado.

Un ministro le sugirió que fumara tabaco para calmar su mente inquieta. Otro le recomendó música y entretenimiento como distracción de sus luchas espirituales. Otros le ofrecieron fórmulas religiosas y explicaciones teológicas, pero nada parecía alcanzar el vacío interior.

Fox quería más que respuestas religiosas. Quería conocer a Dios.

La búsqueda se extendió durante años. Vagó por campos, aldeas, bosques y lugares solitarios, pasando largas horas en oración. Como muchos antes que él, descubrió que el hambre espiritual puede convertirse en un desierto interior. Cuanto más buscaba, más se daba cuenta de que ningún maestro humano podía satisfacer su alma.

Entonces llegó el momento que lo cambió todo. Años después, Fox lo describió así:

Las palabras lo impactaron profundamente.

De repente, Fox entendió lo que le había faltado todo el tiempo. Su esperanza no estaba finalmente en un pastor, un sistema o una institución. La respuesta a su necesidad más profunda no era más información sobre Cristo.

La respuesta era Cristo mismo.

Esa revelación transformó su vida.

Fox llegó a estar convencido de que Jesús no era solo una figura histórica, sino un Salvador vivo que todavía guía, corrige, enseña y habla a su pueblo. Comenzó a animar a otros a ir más allá de la religión vacía y cultivar una relación genuina con Dios.

Con el tiempo, esta convicción se convirtió en uno de los fundamentos del movimiento que más tarde se conocería como los Cuáqueros. Fox viajó miles de kilómetros a caballo, predicó por Inglaterra y más allá, soportó prisiones, persecución y burla, todo porque creía que las personas necesitaban más que religión.

Necesitaban encontrarse con Cristo vivo.

Lo que Fox descubrió en el siglo XVII sigue siendo igual de importante hoy.

Estamos rodeados de ruido.

Las noticias demandan nuestra atención. Las redes sociales llenan cada momento de silencio. Opiniones interminables compiten por espacio en nuestra mente. Incluso nuestras oraciones pueden convertirse en monólogos donde solo hablamos nosotros. La oración nunca fue diseñada solo para ser un lugar donde presentamos peticiones a Dios. También es un lugar donde aprendemos a reconocer Su voz.

Jesús dijo: “Mis ovejas oyen mi voz”.

Observa lo que no dijo.

No dijo que solo unos pocos selectos lo escuchan. No reservó su voz para profetas, pastores o expertos espirituales. Simplemente describió lo que hacen las ovejas.

Conocen la voz del pastor.

George Fox pasó años buscando a alguien que pudiera hablar a su condición. Al final, descubrió que el Pastor había estado llamando todo el tiempo.

La misma invitación permanece hoy.

En un mundo lleno de voces que compiten, Dios sigue hablando a través de su Palabra, su Espíritu, la convicción, la sabiduría, la oración y su presencia constante.

Guía de oración:

“Señor, ayúdame a reconocer Tu voz por encima de todas las voces que compiten en mi vida. Silencia mis miedos, distracciones y ansiedades. Enséñame a escuchar y obedecer.”

Pasa tiempo en silencio delante de Dios hoy. Comienza con la sencilla oración de Samuel:
“Habla, Señor, que tu siervo escucha.” (1 Samuel 3:9)

Siéntate en silencio delante de Él. Mientras surjan pensamientos, impresiones, Escrituras, convicciones o palabras de ánimo, escríbelas y discierne en oración si están de acuerdo con la Palabra de Dios.

Desafío de ayuno:

Práctica un “ayuno de escuchar”. Antes de responder en conversaciones hoy, haz una pausa por un momento y escucha con atención. Pide a Dios que te ayude a ser un mejor oyente tanto de Él como de los demás.

Guía de adoración:

Escucha “Encounter Song | I Speak Lord - Acoustic” de Mercy Culture Worship.

**“Hay Uno, Jesucristo, que puede hablar a tu condición.”
(George Fox)**



29 agosto

DÍA DIEZ:

EL CLAMOR DEL CAUTIVO

Patricio (c. AD 385-461)

"Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces."
(Jeremías 33.3)

DEVOCIONAL:

Patricio nunca planeó ser misionero. Nunca soñó con llegar a Irlanda. De hecho, su historia comenzó con un secuestro.

Nacido en Britania alrededor del año 385 d.C., Patricio creció en un hogar cristiano. Su padre era diácono y su abuelo pastor. Sin embargo, más adelante Patricio admitiría que, de niño, la fe significaba poco para él. Conocía acerca de Dios, pero no lo conocía realmente.

Entonces todo cambió.

Cuando Patricio tenía dieciséis años, unos invasores irlandeses atacaron su aldea y lo llevaron por la fuerza a Irlanda. Arrancado de su familia y su tierra, fue vendido como esclavo y obligado a cuidar ovejas en las colinas remotas del norte de Irlanda.

Los años siguientes fueron duros y solitarios. Patricio pasaba largos días y noches frías cuidando ovejas en campos aislados. No había amigos que lo animaran, ni familia que lo consolara, ni esperanza clara de escape.

En ese lugar de soledad, ocurrió algo inesperado: Patricio comenzó a orar.

Al principio, sus oraciones eran gritos desesperados de ayuda. Con el tiempo, se convirtieron en algo más profundo. El joven esclavo que antes ignoraba a Dios comenzó a buscarlo con todo su corazón.

Años después escribió:

"El amor de Dios y su temor vinieron a mí cada vez más, y mi fe se fortaleció. Oraba hasta cien veces durante el día, y casi otras tantas durante la noche."

Las colinas que habían sido su prisión se convirtieron en su santuario. El lugar de cautiverio se convirtió en lugar de comunión. Mientras cuidaba ovejas, Patricio aprendió a reconocer la presencia de Dios. Mientras sufría, descubrió que no estaba solo. Lo que sus captores intentaron para mal, Dios lo estaba usando para formar a un hombre

Patricio creyó que Dios le estaba hablando.

Escapó de su amo, viajó casi trescientos kilómetros por territorio desconocido y finalmente llegó a la costa. Allí encontró un barco que lo llevó fuera de Irlanda y de regreso a casa.

Parecía el final perfecto: el cautivo había escapado, el hijo perdido había regresado, y el capítulo doloroso había terminado. Pero Dios no había terminado la historia.

Años después, tras prepararse para el ministerio, Patricio tuvo otro sueño.

Esta vez vio al pueblo de Irlanda. En el sueño, ellos clamaban: “Te rogamos, joven santo, vuelve y camina entre nosotros una vez más.”

Irlanda era el lugar de su sufrimiento. Ahora Dios lo llamaba de regreso.

El mayor desafío no era si Patricio podía escapar de Irlanda. El mayor desafío era si podía volver.

¿Podía perdonar a quienes lo habían esclavizado?

¿Podía amar a las personas que lo habían herido?

¿Podía obedecer a Dios incluso si eso lo llevaba de regreso al dolor?

Patricio dijo sí.

Regresó a Irlanda, no como esclavo, sino como misionero. Durante décadas recorrió la isla predicando el evangelio, bautizando creyentes, plantando iglesias, formando líderes y compartiendo las buenas noticias de Jesús. Miles llegaron a la fe en Cristo. Las Comunidades fueron transformadas. La tierra que una vez lo tuvo cautivo se convirtió en el lugar donde Dios lo usó poderosamente.

El secreto no fue la estrategia de Patricio ni su carisma. Fue lo que Dios había hecho en aquellas colinas solitarias años antes. Las oraciones de un cautivo prepararon el corazón de un misionero. Muchos de nosotros pedimos a Dios que elimine rápidamente las temporadas difíciles. Pero a veces los lugares de los que más queremos huir son precisamente donde Dios hace su obra más profunda.

El desierto se convierte en santuario.

La herida se convierte en llamado.

La historia de Patricio nos recuerda que la oración no es solo una salida de la dificultad. Muchas veces es el lugar donde Dios nos encuentra en medio de ella y nos transforma desde adentro.

A veces, incluso años después, descubrimos que el mismo lugar que nos rompió el corazón se convirtió en el lugar donde Dios revel

30 agosto

DÍA ONCE: ORACIÓN ANDANTE

Aidan de Lindisfarne (c. 590-651)

"Oren sin cesar" (1 Tesalonicenses 5.17)

DEVOCIONAL:

Cuando el rey Oswald invitó a misioneros a llevar el cristianismo a Northumbria, un poderoso reino que abarcaba gran parte de lo que hoy es el norte de Inglaterra y el sureste de Escocia, un misionero irlandés llamado Cormán fue enviado a la región. Después de un tiempo, regresó desanimado y frustrado. El pueblo, informó, era terco y resistente al evangelio. La tarea parecía casi imposible.

Mientras los líderes de la iglesia discutían qué había salido mal, un monje silencioso llamado Aidan ofreció una observación suave. Tal vez el problema no era el pueblo. Tal vez no habían sido enseñados con paciencia. Necesitaban a alguien dispuesto a caminar junto a ellos, no solo a predicarles.

Poco después, Aidan fue invitado a asumir la misión.

Saliendo del monasterio insular de Iona, frente a la costa occidental de Escocia, Aidan cruzó el mar y se estableció en la isla de Lindisfarne, en la costa de Northumbria. Desde allí comenzó la lenta labor de llevar el evangelio a una región donde muchos aún seguían tradiciones paganas y conocían poco de Cristo.

El rey Oswald admiraba a Aidan y quería ayudarlo. Le dio un caballo para que pudiera viajar rápidamente por todo el reino. Aidan casi no lo usaba. Ya fuera por sencillez, generosidad o convicción, prefería viajar a pie.

Lo que parecía ineficiente terminó siendo una de las mayores fortalezas de su ministerio.

Mientras caminaba por los caminos de Northumbria, Aidan encontraba a las personas a quienes había venido a servir. Se encontraba con agricultores trabajando la tierra, pastores cuidando rebaños, comerciantes llevando mercancías, niños jugando cerca de las aldeas y viajeros en ruta. En lugar de apresurarse, se detenía a escuchar. Aprendía sus historias, respondía preguntas, compartía el evangelio y oraba con ellos.

El camino mismo se convirtió en ministerio.

Aidan no construyó su influencia desde una plataforma. La construyó en caminos, senderos y plazas de pueblo, una conversación a la vez. Con el paso de los años, el evangelio se extendió por toda la región. Se plantaron iglesias

Lo que más destaca de la vida de Aidan no es el tamaño de su impacto, sino la manera en que caminaba con Dios.

Los cristianos celtas que formaron la fe de Aidan veían la oración de manera distinta. Oraban en la adoración, pero también cultivaban la conciencia de la presencia de Dios en lo cotidiano: mientras viajaban, trabajaban, comían, cuidaban animales y recibían visitas. Para ellos, la oración no era solo una actividad reservada a momentos sagrados, sino una comunión continua con Dios.

Aidan vivía así. Para él, cada camino era una oportunidad de oración, cada conversación una ocasión de servicio y cada encuentro una invitación a ver lo que Dios ya estaba haciendo.

Muchos de nosotros dividimos la vida en categorías. Separarnos el tiempo de oración del trabajo, la adoración de la familia, lo sagrado de lo cotidiano. Aidan habría encontrado esas distinciones extrañas. Él creía que Dios estaba presente en todo.

El camino podía convertirse en santuario, una conversación en oración, y una tarea rutinaria podía transformarse en un acto de adoración.

El objetivo no era simplemente orar más palabras, sino ser más conscientes de la presencia de Dios.

Eso es lo que Pablo quiso decir al exhortar a “orar sin cesar”. No era un mandato a hablar sin parar con Dios, sino una invitación a vivir en comunión continua con Él. La oración deja de tratarse tanto de retirarse de la vida y pasa a tratarse más de caminar por la vida con Dios.

Imagina llevar la conciencia de la presencia de Dios a cada reunión, a cada gestión, a cada conversación y a cada responsabilidad. Imagina comenzar el día conversando con Dios y simplemente continuar ese diálogo a lo largo de las horas siguientes.

La vida de Aidan nos recuerda que el despertar a menudo comienza cuando dejamos de confinar a Dios a ciertos lugares: comienza cuando empezamos a reconocer que Él ya está presente en todas partes.

La oración no es simplemente algo que hacemos.

La oración es una forma de vivir.

31 agosto

DÍA DOCE:

PRACTICANDO LA PRESENCIA

Hermano Lorenzo (1614-1691)

"El Señor está cerca de todos los que lo invocan." (Salmos 145.18)

DEVOCIONAL:

La mayoría de las personas imagina que la espiritualidad profunda ocurre en lugares extraordinarios.

Imaginamos monasterios, retiros de oración, cimas de montañas y santuarios silenciosos. Suponemos que si pudiéramos escapar del ruido y las responsabilidades de la vida diaria, finalmente aprenderíamos a orar.

El Hermano Lorenzo descubrió algo muy distinto.

Nacido como Nicolas Herman en Francia alrededor de 1614, Lorenzo creció en la pobreza y eventualmente sirvió como soldado. Su vida estuvo marcada por dificultades, decepciones e incertidumbre. Sin embargo, un momento aparentemente insignificante cambiaría el curso de su vida.

Durante un día frío de invierno, Lorenzo observó un árbol desnudo contra el cielo; sus ramas estaban vacías y sin vida. Mientras lo miraba, comenzó a pensar en la primavera. Aunque el árbol parecía muerto, sabía que eventualmente brotarían nuevas hojas, la vida regresaría y las estaciones cambiarían.

La escena despertó algo en él.

Si Dios podía cuidar fielmente de un árbol a través de las estaciones cambiantes, quizás también se podía confiar en Él para cuidar una vida humana.

Ese pensamiento nunca lo abandonó.

Años después, buscando entregarse más plenamente a Dios, Lorenzo ingresó a un monasterio carmelita en París. Como muchos creyentes sinceros, imaginaba una vida llena de experiencias espirituales profundas, esperando largas horas de oración, contemplación y comunión constante.

En cambio, fue asignado a la cocina.

Durante años sus días estuvieron llenos de preparar comidas, fregar ollas, lavar platos, cargar provisiones y servir a los demás monjes. El trabajo era ruidoso, repetitivo y a menudo agotador. A veces la cocina era caótica y llena de personas. Nada de eso parecía particular

Tal vez tu santuario hoy no sea una capilla.

Tal vez sea tu oficina.

Tu salón de clases.

Tu vehículo.

Tu cocina.

Tu rutina diaria.

Y Dios está esperando encontrarte allí.

Guía de oración:

“Señor, ayúdame a ser consciente de Tu presencia durante todo mi día. Enséñame a hablar contigo de manera natural y frecuente, no solo en momentos especiales, sino también en los ordinarios.”

Elige hoy una tarea rutinaria y hazla intencionalmente con Dios. Háblale mientras trabajas. Agradécele. Escúchale. Invítalo al momento.

Desafío de ayuno:

Elige una comida de hoy para omitirla. Durante el tiempo que normalmente dedicarías a comer, realiza lentamente una tarea ordinaria como lavar platos, doblar ropa, dar un paseo o limpiar. Resiste la urgencia de hacerlo rápido. En su lugar, practica la presencia de Dios volviendo continuamente tu pensamiento hacia Él.

Guía de adoración:

Escucha “Nothing Else” de Cody Carnes.

**“El tiempo de trabajo no difiere para mí del tiempo de oración, y en el ruido y el
trajín de mi cocina, mientras varias personas llaman por diferentes cosas, poseo
a Dios con tanta tranquilidad como si estuviera de rodillas ante el Santísimo
Sacramento.”
(Hermano Lorenzo)**

El mismo Señor que multiplicó los panes junto al Mar de Galilea seguía obrando en la Inglaterra del siglo XIX. El mismo Padre que cuidó de huérfanos en Bristol sigue invitando a Su pueblo a traerle cada carga, cada necesidad y cada preocupación.

Así que sigue pidiendo.

Sigue buscando.

Sigue llamando.

No porque Dios sea renuente a responder, sino porque es fiel.

Guía de oración:

“Padre, enséñame a confiar plenamente en Ti. Perdóname por depender de mis propias fuerzas. Ayúdame a traerte cada necesidad, cada carga y cada preocupación en oración.”

Desafío de ayuno:

Elige una comida a omitir en el día de hoy. Durante ese tiempo, escribe cinco peticiones específicas que quieras presentar a Dios. Ora por ellas por nombre y continúa trayéndolas delante de Él durante el resto de este recorrido.

Guía de adoración:

Escucha “Still Do Miracles” de Engedi Music.

**“El comienzo de la ansiedad es el fin de la fe, y el comienzo de la verdadera fe es el fin de la ansiedad.”
(George Müller)**

La historia de Gregorio nos recuerda que la aparente inactividad de Dios muchas veces es una ilusión.

Mientras Gregorio esperaba en bajo tierra, Dios disponía las circunstancias en la superficie, Mientras Gregorio se sentaba en la oscuridad, Dios estaba preparando a un rey y mientras se preguntaba qué quedaba de su llamado, Dios estaba preparando una respuesta mucho mayor de lo que podía imaginar.

Ese mismo Dios sigue obrando hoy. Aún es capaz de hacer más de lo que pedimos.

Más de lo que esperamos.
Más de lo que imaginamos.

La pregunta es si confiaremos en Él el tiempo suficiente para verlo.

Guía de oración:

“Señor, ensancha mi visión. Perdóname por limitar lo que creo que puedes hacer. Ayúdame a orar con fe por mi familia, mi iglesia, mi ciudad y mi nación.”

Desafío de ayuno:

Ayuna durante 24 horas. Durante ese tiempo, ora no solo por tus necesidades personales, sino por un despertar espiritual en tu comunidad, iglesia, región y nación. Pide a Dios que haga lo que solo Él puede hacer.

Guía de adoración:

Escucha “Highlands (Song of Ascent)” de Hillsong UNITED.

**““El Dios que obra en lugares ocultos a menudo está preparando respuestas mayores de lo que podemos ver.”
(Gregorio el Iluminador)**

Guía de oración:

“Señor, ayúdame a pasar de ser un observador a ser un participante. Muéstrame dónde ya estás obrando y dame el valor para unirme a Ti. Usa mi vida, por más ordinaria que parezca, para Tus propósitos.”

Desafío de ayuno:

Día 1 del Ayuno de Avivamiento de tres días (ver instrucciones en la página siguiente).

Guía de adoración:

Escucha “Available” de Elevation Worship.

“La carne está en la calle.”
(John Wimber)

*Significado: el ministerio sucede donde está la gente, no solamente dentro de los edificios de la iglesia.



